



Revisitando a Ezequiel Martínez Estrada como lector de la Generación del '37. O sobre la importancia de la literatura para el pueblo

Nathalie Goldwaser Yankelevich ¹

Resumen. En el presente escrito pretendemos visitar exclusivamente la compilación póstuma *Para una revisión de las letras argentinas* de Ezequiel Martínez Estrada y reconstruir la articulación de la tríada literaria – vida nacional – pueblo, partiendo de su lectura de las obras de la Generación romántica argentina de 1837, más conocida como “Generación del ‘37”.

Dicha generación realizó, en un contexto de censura y exilio, contribuciones al mundo de las ideas filosófico-políticas que fueron fundacionales a la hora de la formación del Estado-Nación, la ciudadanía y otras instituciones modernas en el territorio argentino. Sin embargo, para Ezequiel Martínez Estrada este no es el verdadero mérito de aquella generación. Escribe el autor de *Para una revisión... -*publicado en 1946- que las ideas republicanas y democráticas de los escritores tienen poco que ver con la producción literaria o con las letras (a secas).

Martínez Estrada pretende ensalzar menos la intervención política, que la fundación de una prosa necesaria *paralela a gobernar* y que construya *las condiciones para que la cultura sea posible*. Para ello propone una empresa difícil de (re)hacer: una literatura (junto con las ciencias y las otras artes) que capacite al pueblo dentro del combate a la global ignorancia, verdadero poder despótico de todo acto colonial.

Palabras clave: literatura decimonónica; Ezequiel Martínez Estrada; pueblo; vida nacional.

[en] How travels are written: narrative strategies in Sergio Chejfec and Martín Caparrós

Abstract. In the present article we intend to revisit exclusively the posthumous compilation *Para una revisión de las letras Argentinas* by Ezequiel Martínez Estrada and to reconstruct the articulation of the triad literature - national life - people, starting from his reading of the works of the Argentine Romantic Generation of 1837, better known as "Generación del '37".

Such generation contributed, in a context of censorship and exile, to the world of philosophical-political ideas that were foundational at the time of the formation of the Nation-State, citizenship and other modern institutions in the Argentine territory. However, for Ezequiel Martínez Estrada this is not the true merit of that generation. The author of *Para una revisión... -*published in 1946- writes that the republican and democratic ideas of the writers have little to do with literary production or with just the letters.

Martínez Estrada pretends to praise less the political intervention, than the foundation of a necessary prose parallel to govern and that it constructs the conditions so that the culture is possible. For this purpose, he proposes a difficult enterprise to (re) do: a literature (together with the sciences and other arts) that trains the people within the fight to global ignorance, the true despotic power of every colonial act.

Keywords: Nineteenth-century literature; Ezequiel Martínez Estrada; people; national life.

¹ Universidad de Buenos Aires/CONICET, Buenos Aires. Argentina.
E-mail: nathalie.goldwaser@gmail.com

Sumario. 1. Excurso metodológico. 2. Una introducción histórica. 3. I.Síntomas y diagnósticos. 4. II.Literatura política y literatura patriótica. 5. III.Echeverría y Sarmiento, Alberdi. 6. Conclusiones.

Cómo citar: Goldwaser Yankelevich, N. (2019) Revisitando a Ezequiel Martínez Estrada como lector de la Generación del '37. O sobre la importancia de la literatura para el pueblo, en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 48, 285-297.

Así se ha tornado tan difícil escribir, tan difícil hablar, tan difícil vivir.
 Leemos una cosa y pensamos otra. Nos hemos desdoblado.
 Un pueblo puede vivir sin una gran literatura;
 pero una literatura no puede vivir sin una gran verdad.
 (Ezequiel Martínez Estrada, “Para el prólogo o para el epílogo”,
 en *Para una revisión de las letras argentinas* [1946]).

1. Excurso metodológico

Es habitual, en los trabajos monográficos, revisar el pensamiento de un autor cotejándolo con otras investigaciones y estudios e intercalar observaciones ajenas con las del autor del trabajo monográfico. De tal modo, la bibliografía utilizada se engrosa por ser aledaña al pensamiento del autor.

Quisiéramos ensayar un escrito que se adentre en, y reconstruya -desde los propios escritos o de manera exclusiva- el pensamiento de Ezequiel Martínez Estrada. En particular, a partir de la concepción que éste tuvo en relación con las obras de la Generación argentina de 1837, más conocida como “Generación romántica del ‘37”, sin “contaminarnos” de pareceres y observaciones ajenas. La intención es entonces profundizar minuciosamente en la totalidad del libro *Para una revisión de las letras argentinas* porque es el que refiere de manera particular a la denominada *generación romántica del ‘37*, y únicamente utilizaremos bibliografía complementaria para contextualizar los datos historiográficos que consideremos relevantes.

Nuestra hipótesis, vale aclarar, es que Martínez Estrada no se refiere indistintamente a Echeverría, Alberdi, Sarmiento, Gutiérrez como la “Generación del 37” o el *Salón Literario* de Marcos Sastre. Por el contrario, hay una intención. Se referirá a la Generación del ‘37 u “hombres de 1837” cuando aluda al acierto de estos hombres por intentar, en términos generales, rehacer nuestra cultura y crear nuevos valores para la “Nueva Argentina”;

Al “Salón Literario”, cuando quiera mostrar una característica general que luego repercutirá -de diferentes maneras- en las obras de cada uno en particular. Por ejemplo, la influencia de pensadores extranjeros se dará en el espacio del Salón, no obstante, luego tendrá sus efectos diversos en cada hombre;

Por último, cuando menciona el apellido o simplemente el nombre de una obra, será para dar cuenta de una cuestión problemática.

2. Una introducción histórica

La llamada Generación del '37 realizó, en un contexto de censura y exilio (sobre todo durante el segundo período del régimen de Rosas (1835-1852), contribuciones al mundo de las ideas filosófico-políticas que fueron fundacionales a la hora de la formación del Estado-Nación, la ciudadanía y otras instituciones modernas en el territorio argentino. Sin embargo, para Ezequiel Martínez Estrada este no es el verdadero mérito de aquella generación. Escribe el autor que las ideas republicanas y democráticas de los escritores de 1837 tienen poco que ver con la producción literaria o con las letras (a secas).

Se reconoce, además, en la Generación del '37 la experiencia político-cultural vivida por un sector juvenil de la elite letrada que, en su mayoría, pertenecían a la Universidad de Buenos Aires. 1837 es el año en que esta experiencia tuvo su primera expresión pública en el *Salón Literario* de Marcos Sastre. Y si bien se le debe a éste la idea de fundar un salón literario, y el espacio público de su consecución; la gestación de él -y su espíritu- tiene como primer abanderado al poeta Esteban Echeverría, quien había regresado de Francia en 1830. País que le permitió conocer, por ejemplo, a Madame de Staël y aprender que la literatura ocupa -en sus palabras- un lugar eminente en el bienestar y progreso de las naciones. “El progreso de la literatura, es decir, la perfección del arte de pensar y de expresar el propio ser, es esencial al establecimiento y la protección de la libertad”. (de Staël, en Sarlo, Altamirano 1997: 28).

Martínez Estrada nota que, aunque “la joven Argentina” (otra forma de denominar a los miembros de la Generación del '37) cita, a menudo, a Hugo, Byron, Mme. De Staël y Chateaubriand; el oráculo -por tomar una figura literaria-, que aquellos acataban estaba compuesto por Saint-Simon, Rousseau, de Tocqueville, Leroux y Fourier (Cfr. Martínez Estrada 2008: 85). Pero los verdaderamente mentores, son

Don José de Espronceda, e inmediatamente Zorrilla, aunque por fortuna para el arte de escribir y *para la independencia espiritual de los lastres coloniales*, lo es Mariano José de Larra [...] Larra es el padre de nuestra gran literatura (Alberdi o “Figarillo”, Sarmiento, Gutiérrez, Mitre, Valentín Alsina, etc.). Todos los que escriben bien aprenden de él. (Martínez Estrada, *op.cit.*: 86; las cursivas son nuestras).

Nótese que no está mencionado Echeverría; por otro lado, el “etcétera” no es ingenuo, no incluye en absoluto a quien será mencionado inmediatamente después. ¿Por qué? Porque a pesar del “antídoto de Larra”, éste no había podido desintoxicarse de la retórica española y del “prejuicio del conquistador para la india y su prole”. Y la prueba está en *La cautiva* de Esteban Echeverría (que lo veremos en el apartado siguiente).

Tomamos un ejemplo fidedigno de esta referencia que hiciera E. Martínez Estrada pero ahora del propio D. F. Sarmiento. Se encuentra precisamente en un escrito aparecido en el periódico *El Mercurio* del 31 de agosto de 1842, titulado “Las obras de Larra” en cuyo primer párrafo escribió:

De aquí es que en los países que acaban de conquistar su libertad, es necesario, según madama Staël, que la sátira, ridiculizando errores envejecidos, retraiga de ellos a los jóvenes, i que el desengaño producido por la convicción, rectifique las ideas de la edad madura. (Sarmiento [*sic*, 1842] 1909: 115)

Retomando la cuestión de la creación del *Salón*, Echeverría junto con Juan María Gutiérrez -desde 1834- comenzaron a sostener unas caminatas en las cuales dialogaban sobre diversos temas de la literatura europea, “la nacional”, la costumbrista. A ellos se suma otro gran cófrade: Juan Bautista Alberdi, agregando a esas caminatas temas filosóficos, políticos, jurídicos, de educación pero englobados en la preocupación por fundar la nación “para el desierto argentino”². Estos jóvenes prosiguieron el diálogo en la Librería Argentina de Sastre³, convirtiéndolo en una verdadera Escuela y la base de lo que luego Alberdi supo escribir en *Bases...*⁴, fuente directa de la primera Constitución Nacional de la República Argentina -promulgada en 1853-. Ésta obra es producto, escribe Martínez Estrada, de la concepción que los “afiliados del Salón” tenían en relación a la literatura: ser un instrumento político de gobierno ilustrado. “De ahí puede extraerse (lo hace Alberdi) una Constitución mas que un *Ars Poetica*” (*sic*. Martínez Estrada 2008: 85).

El apotegma de los filósofos ideólogos de aquel espacio fue “pensar para la acción”, que se desprende del discurso inaugural tanto de Alberdi como de Echeverría. Así, según Halperín Donghi, se hereda de esta Generación:

La noción de que la acción política, para justificarse, debe ser un esfuerzo por imponer, a una Argentina que en cuarenta años de revolución no ha podido alcanzar su forma, una estructura que debe ser, antes que el resultado de la experiencia histórica atravesada por la entera nación [...], el de implantar un modelo previamente definido por quienes toman a su cargo la tarea de conducción política. (Halperín Donghi 2004: 18-19).

Martínez Estrada renegaría, en parte, de esta observación porque lo que deberíamos heredar de los hombres que dieron renombre a nuestras letras en los países hispanoamericanos (Esteban Echeverría, Domingo F. Sarmiento, Juan B. Alberdi y Bartolomé Mitre) no son sus ideas y su grado de cooperación en la empresa civilizadora, sino su prosa (Martínez Estrada 2008: 24).

El párrafo entonces podría ser por él reescrito de este modo:

² La figura del *desierto* cumplía un papel principal en todas las manifestaciones de estos pensadores por expresar, entre otras estremecedoras cuestiones, el vacío o la falta de espíritu público.

³ El Salón Literario se inaugura probablemente el 23 de junio. En aquel día asistieron -además de los cuatro protagonistas (Sastre, Echeverría, Gutiérrez y Alberdi)- Quiroga de la Rosa, Thompson, Frías, Demetrio y Jacinto Rodríguez Peña, Vicente López, Posadas, Tejedor, Albarracín, entre otros. Luego se incorporarían como contertulianos Miguel Cané, Domingo Faustino Sarmiento y Bartolomé Mitre. Cfr. Parada, A., 2008, *Los libros en la época del Salón Literario. El catálogo de la librería de Marcos Sastre (1835)*, Buenos Aires: Academia Argentina de Letras.

⁴ Alberdi, J. B., (1836/37): *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, W.M. Jackson, México, 1938.

Porque educar al soberano [...] equivale a formar un ambiente social indispensable para que la obra del artista, del pensador y del poeta cobre valor ecuménico al consumarse en plenitud. Era, al fin y al cabo, el programa del Salón Literario de Marcos Sastre: *educar en acción paralela a gobernar* [...] y ante la necesidad de crear, más que elementos de cultura, *condiciones para que la cultura sea posible*. (*op. cit.*: 225; las cursivas son nuestras)

Según Martínez Estrada, el Salón Literario asume para la cultura una función gubernativa como cuerpo colegiado *-paralela a gobernar-* con que obtener la independencia espiritual contra la global ignorancia, que fue el verdadero poder despótico de la Colonia. Para él, entonces, la misión verdadera del Salón, y de cada uno de sus miembros, ha sido la de capacitar al pueblo, mediante la difusión de las letras, las ciencias y las artes, “para un régimen de vida social superior” (*op. cit.*: 235).

No obstante, lo que el Salón no logró fue precisamente “tomar contacto con el pueblo” como tampoco “romper los moldes verbales” de la revolución ni “los moldes biológicos y psíquicos” de la Colonia. (*op. cit.*: 87). Esta es, para el escritor asentado en las postrimerías de la década del '40 del siglo XX argentino, la primera y casi la última vez que se intenta conscientemente conectar la literatura, las ciencias y las artes con la nación y el pueblo. (*op. cit.*: 84)

El autor de *Radiografía de la Pampa* no escatima en críticas a los pensadores decimonónicos de la Generación del '37, quizás para poder explicar ya no el “enigma argentino”, sino su síntoma: “Los miembros residentes del Salón Literario de Marcos Sastre, y los corresponsales, más que nadie Sarmiento, inculcaron el concepto erróneo de que la Colonia había sido España en América, sin acotar que era más bien lo americano remodelándose a la española” (*op. cit.*: 41). Esta introducción de lo americano, mundo protestante que nunca llegó a Hispanoamérica es, a nuestro entender, una premisa ideológica más que fáctica.

Los términos que acuñaron algunos de los de esa generación le disgustan por provenir de fuente hispana en lugar de ser extraídos de la vida rural. Entonces, si aquella literatura pertenece a las entrañas de la elite principalmente porteña, y no lograron lo que para Ezequiel Martínez Estrada es primordial -el contacto con el pueblo-: ¿Por qué en sus ensayos hay un fuerte énfasis a las obras producidas por los miembros de la Generación del '37? Aunque lamenta la poca cantidad -e incluso calidad- de nuestra literatura argentina (las elites desarrollaron una literatura muchas veces *ersatz*, es decir, sustituta, cosmopolita y presuntuoso); sin embargo, su interés es “valorar los escasos pero auténticos méritos de nuestras obras genuinamente populares” (*op. cit.*: 23) como las de aquellos pro-hombres forjadores de una literatura nacional. Para Ezequiel Martínez Estrada, la Generación sembró la raíz para que la cultura esté en flor, y ello gracias a *acercar* sus producciones literarias con las sustancias vitales del pueblo que emplea su misma lengua y padece su mismo destino histórico (*op. cit.*: 187).

Los síntomas de la Generación del '37 (producto del exilio y la persecución) son también, para Martínez Estrada, padecimientos que comparte el pueblo.

La tesis que sostuvo el Salón Literario en 1837, y que, más afinado y perfilado en otros países, diré Francia, Italia e Inglaterra, sostiene que la literatura, como fenómeno inscripto en el área más vasta de la cultura, debe aplicarse a los asuntos de la vida del pueblo como sujeto eterno de su incumbencia específica. (*op. cit.*: 187)

Es, además, una forma de remedar lo que para él significa “el problema central y radical”: *la traición a nosotros mismos*, el problema del existir histórico de un pueblo, de una gran nación desgobernada y esquilada, pero sin conciencia del mundo en que vive, ni siquiera de la realidad. *De allí que la literatura debe reflejar precisamente eso, la realidad, si acaso pretende ser para el pueblo.*

Intentaremos entonces comprender el síntoma que, según Martínez Estrada, padece la literatura hispanoamericana -habiendo pasado “materialmente” los tiempos de la dependencia a la Colonia-. De esta patología, que inquieta, pero a la vez motiva su escritura, pretendemos recoger diagnósticos posibles que expliquen las causas de ese síntoma.

3. I. Síntomas y diagnósticos

Pues, según el dictamen de Mannheim, ‘sabemos que cuando se excluye una materia de discusión pública, ésta se transforma en una fuente de síntomas neuróticos o de desarrollo desmedado’

(Ezequiel Martínez Estrada, en *Diagnóstico de nuestro tiempo*).

Martínez Estrada pivotea sobre “nuestra literatura” y “nuestra vida nacional”. Como un juego con espéculos, mira a una y a otra desde diferentes ángulos para dirigirse al encuentro de una respuesta por lo no-nuestro, por lo ajeno: “¿Por qué carecemos de obras sociológicas, históricas y literarias que sean documentos vivos de la realidad cotidiana?” (*op. cit.*: 28).

Digámoslo rápido: los síntomas los padece el pueblo, directa o indirectamente. Para Martínez Estrada al pueblo se lo expulsa a los corrales y mataderos, y es por ello que las obras de Esteban Echeverría -como las de otros miembros de esta generación- son reivindicadas, porque reflejan esa realidad convirtiendo a aquella literatura, en actualidad. En otras palabras, un primer motivo por el cual da tanta importancia a las obras de la Generación del '37 es porque se actualizan permanentemente, permitiendo desde allí criticar su presente. Luego de la época de verdadera producción literaria⁵

⁵ Se refiere a la producción de la Generación romántica, resultado del exilio ante el régimen despótico de Rosas.

No tenemos, pues, una literatura flexible que se adapte a la actualidad de cada época, sino en cierto modo intemporal e inespecial [*sic*], abstracta y paradigmática [...] Desde 1880 pareciera existir esa prohibición o censura implícita y tácita a que se refirió Alberdi, de no escribir sobre el país sino para enaltecer su capacidad extraordinaria de producir trigo y ganado. (*op. cit.*: 26)

El primer síntoma es entonces encontrar que el ideal de “pueblo” carece de veracidad y que lo veraz carece de altura y belleza. Este es otro motivo por el cual Martínez Estrada lee con “buenos ojos” la tentativa “seria y consciente” del Salón Literario de Marcos Sastre, frustrada por el destierro. Para él, algunas de las obras literarias de los hombres del *Salón* coincidieron con las líneas generales de la historia política. Ante esto, se encontró la forma de solazarlas (*op. cit.*: 24). Martínez Estrada demarca bien la causa del síntoma: *confundir* los temas netamente literarios por elementos constituyentes de una nación. Así, la Colonia, la Revolución, Rosas, el Exilio, la Era del Oropel y la Era del Fraude no son, para el ensayista, elementos propiamente de la vida cívica, sino del mundo literario (*op. cit.*: 25).

Por ello cita nuevamente a Alberdi: “El historiador las más de las veces no es libre de leer los documentos con sus propios ojos. Tiene que leerlos con los ojos del país” (*op. cit.*: 27). Para Ezequiel Martínez Estrada, la literatura pareciera otorgar un entendimiento propio a cada *habitante* evitando “la inteligencia del común”. De allí que el diagnóstico sea que, mientras se sigan mezclando los elementos de la esfera literaria con los de la nación, la literatura se convertirá en una realidad *ersatz*, sustituyendo la realidad de la vida que vivimos. Por lo tanto, “vivimos sin constancia escrita” (*ibid.*).

El diagnóstico, a todos esos síntomas, podría ser la censura, un pueblo – masa (decimos también “maza”, como acepción a un instrumento ajeno, de madera densa, cual cosa pesada), un pueblo sin vitalidad por la falta de libertad y la desaparición (por no decir la no aparición) de la literatura realista, hacia un mundo de cultura artificialmente sostenida.

4. II.Literatura política y literatura patriótica

¡Patriotismo no, Colonia tampoco!

Si el binomio sarmientino por excelencia es *civilización y barbarie; literatura política y literatura patriótica*, podría ser su homónimo, respectivamente. Por qué no también el binomio que recorre la obra de Ezequiel Martínez Estrada. Mientras que la literatura patriótica, puro jingoísmo⁶, tiene como origen la Colonia y continuará durante el régimen de Rosas; la literatura política es aquella que nace por culpa de aquel régimen, y se la elabora en el destierro.

⁶ Palabra que tiene múltiples sinónimos, entre los que se encuentran patriotería, xenofobia, fanatismo, intolerancia. El vocabulario del ensayista es rico en los términos que utiliza porque si bien son palabras que hoy no son tan frequentadas, sus significados extienden la explicación y amplían el nivel de comprensión a su lector.

Cuando el *Salón* es clausurado, el saldo de él, al decir de Martínez Estrada, no es tan favorable para las letras como lo fue para la política.

Con Rosas, lo argentino se tiñe de un matiz hondamente colonial hispánico, no obstante lo cual despierta en las masas el auténtico sentimiento de lo genuinamente nuestro que rechazan luego y hasta hoy la política, la historia y las letras. Ambos sentimientos argentinos [...] son, en efecto, patrióticos, nacionalistas, patricios y plebeyos [...] Por eso sin explicarnos bien Rosas no podemos explicarnos qué somos, de dónde venimos ni adónde vamos. Tampoco en la literatura, que es lo que aquí me importa. (*op. cit.*: 68)

La una no ha dejado de existir; la otra, aún es débil y pasajera. La Colonia ha dejado en la cultura (que para Martínez Estrada es sinónimo de literatura), residuos. Pudo haber personas cultas, pero no cultura porque lo que justamente faltaba era el pueblo, base humana indispensable para sustentar las producciones literarias. Ese es el gran mérito de la Generación del '37, hacer de su literatura una política para crear o recrear el espíritu del pueblo nacional en detrimento de "la colonia espiritual" que "persistió muchísimo tiempo, y es posible que todavía subsista" (*op. cit.*: 42) -se refiere a la década de 1940-.

La literatura de la independencia, siendo originaria de la poética peninsular, ni republicana, ni americana, representó para el pueblo inculto, para toda la población, excepto la numéricamente insignificante de las elites dirigentes en la administración, el comercio y la curia, un producto importado, extraño, insospechado, que ingresaba por punición y no por absorción. (*op. cit.*: 41)

¿Cómo piensa a la "gran" literatura? Es aquella que se opone precisamente al jingoísmo, es decir, la que es realista, la verdadera, la no patriótica o épica, la que está escrita con miras al pueblo, la que *representa* al pueblo. Nos permitimos usar esa palabra "representación", propia del lenguaje político, porque justamente está allí el entrecruzamiento entre cultura y política. "Según Sarmiento, el sentimiento nacional (debilitado en el residente, no en el proscrito) se apaga hacia 1858. Pregunta: ¿somos argentinos? Fue fácil al poeta gauchesco suprimir lo patriótico, introduciendo lo político" (*op. cit.*: 69).

El Salón Literario es el espacio en donde se denuncia los efectos del patriotismo. Observamos que, para Martínez Estrada, *el patriotismo* podría ser visto como "la" causa de los síntomas, desplegado como un catecismo en el mundo público, se convirtió en un recitado mecánico. Extirparlo no es una tarea aún concluida.

5. III. Echeverría y Sarmiento, Alberdi

Los tres son, sin duda, las figuras más sobresalientes de esa generación en cuanto a su producción literaria. Los tres han estereotipado la *efigie* del pueblo ciudadano, elector y víctima de los gobernantes opresores.

El título de este apartado tiene una intención: mostrar que, a pesar de las empatías entre los tres, Esteban Echeverría y Domingo F. Sarmiento fueron “más cercanos” en relación al tópico *pueblo*; que Juan B. Alberdi, éste último rebautizado por Martínez Estrada como el “fiscal del patrimonio”.

Echeverría es menos revisado en relación a la obra de Sarmiento; mientras que los escritos de Alberdi los utilizará como interlocutor cuando quiera aseverar/criticar algo en relación a la situación contemporánea. Alberdi le permitirá mostrar el giro trágico de la literatura gestada allá por 1837 y años subsiguientes. No obstante, las obras de los miembros de la Generación del '37 intentaron crear la tierra fértil para la verdadera gran literatura que es, según Martínez Estrada, la que refleja lo más doloroso y triste de la vida.

Literatura y vida le parecen elementos inseparables y conjugables. De ahí que Sarmiento sea provocadoramente rescatado -del lugar de mero fantoche, monigote o esperpento pospuesto, junto con Hudson y Groussac por la mala crítica-, por haber hecho de su vida, una obra y siendo su obra, su vida. Pero no una vida aristocrática. Por el contrario, es una vida que ha sido desdeñada como la vida del “pobre pueblo ignorante y rapaz”. Así todo, Echeverría y Sarmiento, aunque se acercan ‘al pueblo’, no se han terminado de sensibilizar por los atropellos cometidos a éste (hasta que José Hernández escribió el *Martín Fierro*, publicado el año 1872).

Plantas de invernáculo, Echeverría y Sarmiento representan para el ensayista dos figuras que iniciaron el camino para la literatura realista. Echeverría, junto con José María Gutiérrez, habrían de ser quienes perpetuarían la orfonética de los maestros Gallego, Quintana y Espronceda. (*op. cit.*: 73)

¿Qué representa Echeverría para Ezequiel Martínez Estrada? Él es el que encarna el vínculo de cohesión ideológica por darle forma a lo que fuera el “código de principios y preceptos” de dicha generación, y que lleva por título *Dogma socialista*. Él lo perfecciona. Es el arquitecto de un plano en donde los constructores de la nación -es decir, los miembros del Salón Literario- intentaron crear una vida intelectual propia. “Es quien más abundantemente habla del pueblo en sus obras políticas, considerándolo como masa ciudadana. Tampoco ha sentido por él sino despego y aprensión” (*op. cit.*: 211).

Por otro lado, en el primer apartado apuntamos que para Martínez Estrada, Echeverría no compone el grupo “de los que escriben bien” y adelantamos que se debía a los rasgos aún españoles en su escritura. La demostración estaría en *La cautiva* (segunda publicación de Esteban Echeverría, aparecida en 1837 bajo el título *Rimas*, y una de las más célebres obras de este poeta-padre fundador de la Generación del '37), en donde describe escenas de la naturaleza y las costumbres de la Argentina de aquel siglo e incorpora, desde las primeras páginas, el conflicto de su tiempo: la convivencia de la barbarie con la civilización. Este binomio, más que referirse a la cuestión social y política, es decir, al pueblo; era un tema hispánico producto de dos causas: por un lado, la falta de elementos nativos y autóctonos; y, por el otro, a los arrastres con el idioma sin una conciencia de lo americano.

Para un lector no muy avezado, la historia de *La cautiva* trata del secuestro, por parte del “bando de indios salvajes”, de un hombre de la civilización, Brian y el rescate de éste por parte de su amada (María). Como autor perteneciente a

esa peculiar generación, Echeverría construye su “personaje romántico”. En *La cautiva*, María encarnaría ese tipo de personaje. Ella es presentada por el autor - desde la tercera parte hasta el final de este largo poema- ante todo, como una mujer valiente, un alma heroica de coraje, congoja y pasión a tal punto de matar a un indio por el amor a su amado.

Claramente, este personaje femenino es una fuente de resistencia no sólo dentro de la propia historia de *La cautiva*, sino también por ser una figura que materializaría una función heroica, subvirtiendo el papel que se le confería por ser el “sexo débil”.

Un instinto poderoso,
un afecto generoso
la impele y guía segura,
como luz de estrella pura,
por aquella oscuridad [...]

-Mi vulgar nombre es María,
ángel de tu guarda soy; [...]

tú vendrás conmigo,
o pereceré contigo.
De la amada patria nuestra
escudo fuerte es tu diestra
y, ¿qué vale una mujer? [...].

(Echeverría 1951a: 606 - 608)

En toda la obra, hay una apelación recurrente desde un *yo* de tono imperativo, invitando a un *tú* a oír el sonido de los extraños, de los “ellos”. Se verifica, entonces, el empleo del *yo* echeverriano pero dirigiéndose a alguien, un *tú* alocutorio, siendo ambos complementarios, dando cuenta también de lo que no pertenece al “prójimo”. Esto pareciera ser un modo de diagramar la idea de “nación” que implica tener en cuenta también el *xénos*, esto es, todo aquello que dentro o fuera de la nación se define por su exclusión, pero que al mismo tiempo es objeto de “nominación” y clasificación, a diferencia del *héteros*, es decir, de lo totalmente *otro*⁷.

En particular, este personaje (María) es autorreferencial, allí se percibe el reflejo del autor, su total reacción formadora que el personaje adopta como un momento vivencial propio, aunque luego lo supere, preguntando: “y, ¿qué vale una mujer?”. Entre las características del héroe romántico también se encuentra su autoconciencia (Sarlo, Altamirano 1997). Por lo tanto, la postura política que asoma en Echeverría, no es de la “pura diferencia”. Al contrario, la presencia del *otro* es la base de la identidad, aunque se debe hacer la advertencia que es

⁷ En el caso de Echeverría, el otro es, según el caso, el “indio” o el federal (que Echeverría sintetiza en la barbarie). Para Martínez Estrada, el indio es el pueblo, lo nativo que la literatura debe reflejar. De allí que piense en la traición a nosotros mismos como problema central: olvidarse del fundamento, de la raíz o amalgama, es decir, el indio. (Cfr. Martínez Estrada, 2008: 43).

una “alteridad” que si bien muchas veces está situada en el comportamiento ficcional femenino, representa o es equivalente a la situación de exclusión de aquellos hombres dentro del régimen rosistas (pero sólo de aquellos hombres).

Aunque la obra se titule *La cautiva*, no lo es ella sino su amado Brian. O por lo menos ella no es el sujeto que está explícitamente cautivado. Ella es la heroína que debe salvar a su amado y a su hijo -que muere en manos de los salvajes-. Sin embargo, muchas de las acciones de María, dentro del texto, son caracterizadas con un alto grado de salvajismo, mostrando que conviven la civilización y la barbarie. En todo caso, ella es cautiva de una situación, de un proceso en el que *debe* (en la mentalidad de esta juventud romántica, republicana, ilustrada) triunfar la civilización. Acerca de *La cautiva* de Echeverría, Ezequiel Martínez Estrada escribió:

Inicia en la literatura hispanoamericana los asuntos de ambiente bajo el vocabulario y el énfasis de la literatura española en boga. Además de esa *originalidad* posee otra: la de colocar en el primer plano heroico a una mujer. El título ya anuncia la novedad y un equívoco pues el cautiverio no había ocupado nunca un primer lugar en esta clase de relatos; y por otra parte, debió haberse titulado El cautivo, que es Brian, a quien liberta su amante... (Martínez Estrada 2005: 696; las cursivas son nuestras).

En verdad, en Echeverría como en Sarmiento, el tema civilización-barbarie, la lucha entre federales y unitarios (como en *El matadero* también de Echeverría, publicado en 1871), incluso Rosas como complejidad en la vida de estos autores, más que aportar a la modelización del alma nacional, de la personalidad; influyó, por el contrario, en la estructura del Estado.

A Sarmiento también se lo reprocha. Con la excepción de Mitre, todos los grandes escritores argentinos “desdennan al pueblo que tratan de proteger con las leyes. Sarmiento llegó a aborrecerlo, con todo que era de hogar muy humilde” (Martínez Estrada 2008: 93). ¿A qué se debe esta incuria? Entonces Martínez Estrada vuelve a explicarlo desde el *Salón Literario*, espacio que permitió la influencia de pensadores extranjeros a partir de los cuales modelaron la imagen del pueblo (Rousseau, Franklin, Jefferson y de los socialistas utópicos, Saint-Simon y Fourier). ¿Por qué Sarmiento?, ¿qué hay en la obra de Sarmiento que a Martínez Estrada no le genera desazón?, o en términos suyos: ¿Cuál es el Sarmiento que se ama y se admira? Entonemos una respuesta posible: quizás porque Ezequiel Martínez Estrada comparte con el autor del *Facundo* la creencia que la literatura, para que no se convierta en un mero entretenimiento o ejercicio, debe trascender de las elites a la masa, sin por eso perder categoría, y llegar a ser literatura nacional, verdaderamente. Martínez Estrada cree que la literatura recibe su sustancia vital del pueblo y que el escritor de esa literatura debe compartir lengua y padecer el mismo destino histórico. El Sarmiento que se invoca en *Para una revisión...* es aquel que por sus defectos y virtudes transpersonales ingresa en la sensibilidad y en la mentalidad genuinas de su pueblo.

6. Conclusiones

La concepción que Ezequiel Martínez Estrada tiene acerca de la Generación del '37, del *Salón Literario* y, particularmente, de Echeverría, Sarmiento y Alberdi es relativamente ambigua. Relativamente, porque si se tiene en cuenta el hilo conductor a la hora de revisar la literatura argentina (el papel y la actitud que los escritores y sus obras tienen para con el pueblo⁸) notamos que su posición frente a aquellos es contundentemente reprobatoria: Hasta el *Martín Fierro* de Hernández, no hubo una obra literaria que se “acercara al pueblo”.

Y, sin embargo, para Martínez Estrada, luego de Echeverría, Alberdi y Sarmiento nadie siguió sus pasos, esto es, que la literatura encuentre en la vida privada temas tan apasionantes por su interés vital como en las contiendas de partido. (*op. cit.*: 235). Y no se refiere a *toda* la obra de cada uno de estos escritores, sino únicamente a la del primer tiempo, a la que se gestó durante el régimen de Rosas hasta antes del regreso del exilio.

Pero de estos tres, hay uno con atención privilegiada. Aunque para Martínez Estrada, Sarmiento careció de cultura étnica de su pueblo (*op. cit.*: 234), su cultura eminentemente literaria, pero de corte popular (y la necesidad de instruirse para comprender), era suficiente para ahondar en este hombre de la manera en que lo hizo. Y hay pues en Martínez Estrada cierta apropiación de la escritura de Sarmiento. Cual contrapunto, al igual que lo hiciera Sarmiento, notó que éramos una segunda, tercera y hasta cuarta edición de una mala estampa cargada de tinta y apenas inteligible. En este sentido, visitar un autor que apunta a la literatura como terapéutica para evitar, no sólo una historia nacional apócrifa, sino también revitalizar la importancia del contacto entre el autor y el pueblo es, cuanto menos, una enseñanza que no se debería descuidar, en todos los sentidos. La causa, en la escritura de Martínez Estrada, no está en los orígenes de la literatura, sino en la forma de la vida nacional; cuando la literatura no refleja la biografía nacional, sino la historia heroica, falsificada; ambos, pueblo y vida nacional, se ven corrompidos y en un camino aciago.

Referencias bibliográficas

- Alberdi, Juan Bautista [Figarillo], “Un papel popular”, *Revista La Moda, gacetín semanal de música, de poesía, de literatura, de costumbres*, n. 18, (17 de marzo de 1838). Edición facsímil, Biblioteca Nacional de la Argentina, Buenos Aires, 1838a.
- Echeverría, Esteban, “La Cautiva”, en *Obras Completas de Esteban Echeverría*. Buenos Aires: Ediciones Antonio Zamora, 1951a.
- “Ojeada retrospectiva. Sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37”., en *Obras Completas de Esteban Echeverría*. Buenos Aires: Ediciones Antonio Zamora, 1951c.
- “El matadero”, en *La cautiva, El matadero y otros escritos*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. Biblioteca argentina fundamental, 1967.

⁸ “De tal suerte que cuanto más se aparta esa literatura del pueblo al que el autor pertenece, menos vigor y condiciones de vida perdurable tiene” (Martínez Estrada 2008: 188).

- Gutiérrez, Juan María, “Noticias biográficas sobre Esteban Echeverría”, en *Obras Completas de Esteban Echeverría*. Buenos Aires: Ediciones Antonio Zamora, 1951[1874].
- Halperín Donghi, Tulio. *Una nación para el desierto argentino*. Buenos Aires: Editores de América Latina, 2004.
- Proyecto y construcción de una Nación (1846-1880)*. Buenos Aires: Emecé, 2007.
- Martínez Estrada, Ezequiel. *Muerte y transfiguración del Martín Fierro: ensayo de interpretación de la vida Argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2005.
- Para una revisión de las letras argentinas*. La Plata: Terramar, 2008.
- Parada, Alejandro. *Los libros en la época del Salón Literario. El catálogo de la librería de Marcos Sastre (1835)*. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 2008.
- Sarlo, Beatriz y Carlos Altamirano. *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel, 1997.
- Sarmiento, Domingo Faustino, “Las obras de Larra”, en *Obras de D. F. Sarmiento*, Tomo I. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com> [1909].
- Polémica Literaria*. Buenos Aires: Editorial Cartago, 1955.
- Textos Fundamentales. Tomo I y II*. Selección L. Franco y O. O. Amaya, Buenos Aires: Compañía General Fabril Editora, 1959.
- Weinberg, Félix. *El Salón Literario de 1837*. Buenos Aires: Hachette, 1958.
- Esteban Echeverría. Ideólogo de la segunda revolución*. Buenos Aires: Taurus, 2006.